
Una región académica

Elisa Cárdenas Ayala
Universidad de Guadalajara

En 1990 un equipo pequeño, pero tan pequeño como tenaz, daba vida al primer número de *Estudios Jaliscienses* y a un proyecto singular, ambicioso si bien discreto. Eran años en los que el paisaje de la investigación social en nuestro estado estaba aún poco diversificado y en que dicho tipo de investigación, como actividad principal si no exclusiva, era propia de poquísimas personas. El Colegio de Jalisco había nacido en 1982, impulsado por don Alfonso de Alba Martín, y hacía poco tiempo que la Universidad de Guadalajara había sido alcanzada por el imperativo de hacer de la investigación una tarea sustancial cotidiana, iniciándose la creación de centros especializados de investigación, especialmente en ciencias sociales, para dar impulso a lo que don Manuel Rodríguez Lapuente había insistido en abrir como una expresión fundamental de la actividad académica.

En épocas anteriores, las tareas de investigación que se hacían en Jalisco se efectuaban a título individual, con recursos propios y sin que existieran espacios institucionales especializados. Desde el siglo XIX, el estudio de temas jaliscienses fue preocupación de varios eruditos. Así, por ejemplo, la escritura en torno a la historia particular del estado fue abordada por hombres de letras como Luis Pérez Verdía o Alberto Santoscoy, en formas que ya expresan la preocupación por dialogar con, pero también por distinguirse de, una

narrativa de lo nacional, escrita mayormente desde la capital de la república. Durante el siglo xx la práctica de una escritura de lo jalisciense fue cultivada por plumas notables, cuya enumeración detallada no es el caso de emprender aquí, pero entre las que pueden citarse los nombres de José López Portillo y Weber, José Guadalupe Zuno o Agustín Yáñez; pero siempre como una empresa individual, para la que no existían marcos institucionales equivalentes a los que ahora encuadran a una buena parte de los trabajos producidos con ese signo.

Asimismo, la formación de investigadores en ciencias sociales no contaba en la entidad con espacios propios, sino que los investigadores se formaban por sus propios medios y algunos de ellos habían empezado a acudir a la capital de la república donde esos espacios especializados de formación y de investigación ya existían, en la Universidad Nacional o en El Colegio de México, por ejemplo.

También eran tiempos en que en nuestro país el enfoque regional mostraba y defendía su especial relevancia, siendo una perspectiva siempre practicada si bien no siempre valorada, pues durante mucho tiempo se consideró a lo regional como menor frente a lo nacional, considerado la dimensión digna de estudios por excelencia. Algo que expresa tensiones existentes en la construcción nacional misma y no solo propias del mundo académico.

La imposición de lo nacional como dimensión de mayor dignidad en los estudios sociales no es un fenómeno exclusivo del mundo académico sino que, como todo lo que sucede en el ámbito académico tiene su relación estrecha con las tensiones que atraviesan a la sociedad en la que se produce. Así, se le puede entender como derivado de las tensiones presentes en el largo proceso de construcción nacional que en el caso mexicano (como en otros casos en la historia occidental) se acompañó de una priorización de lo que existe o puede existir en común por encima de lo que singulariza y distingue. Ese establecimiento de

prioridades (del cual deriva una serie de jerarquías), presente en temas centrales a la construcción discursiva de la nación como la construcción de lo mestizo, de lo católico y de lo lingüístico en torno a la herencia hispana, tiene una de sus expresiones en la prioridad de lo nacional por encima de lo regional.

En esa medida, el surgimiento de los estudios regionales como una reivindicación de las particularidades, de las diferencias, de lo singular, cuestiona la dictadura de lo nacional sobre la producción académica. Las décadas de 1980 y 1990 fueron un tiempo en que la perspectiva regional se fortaleció en los estudios mexicanistas, desde dentro y desde fuera: no solo los estudiosos mexicanos reivindicaron la legitimidad de este enfoque —las más de las veces para regiones donde residían o de las cuales eran oriundos—, sino que mexicanistas de otros países se interesaron también en la región como escala de análisis y trabajaron sobre regiones mexicanas. No siempre hubo diálogo, pero en algunas ocasiones lo hubo y de gran calidad, de manera que las regiones han podido ser miradas desde dentro como desde fuera y esto ha sido fructífero, desde perspectivas geográficas, históricas, urbanísticas y antropológicas.

Y sin embargo todavía en el tiempo en que surgió *Estudios Jaliscienses* la idea de la nación, como forma dominante de construcción social y académica, imponía —y sin duda sigue aún ahora imponiendo— sus lógicas a la construcción de discursos sobre lo que somos, sobre lo que tenemos en común, omitiendo con frecuencia la consideración sobre lo diverso. Frente al predominio de la idea de lo nacional las regiones tuvieron que ir abriéndose un espacio propio, cosa que ahora nos parece lógica, pero que para adquirir derecho de piso tuvo que andar un camino largo, el camino de la consolidación de espacios de reflexión específicos y sobre lo propio y también el camino de la consolidación de comunidades académicas regionales. Desde esta distancia, ahora que han proliferado los centros de investigación en ciencias sociales y que muchos

de ellos han dado pie a la formación de posgrados especializados donde lo regional ocupa un lugar específico, resulta difícil imaginar las dificultades que existieron para la creación de espacios institucionales, la formación de investigadores y sobre todo la apertura de un espacio de conocimiento dedicado a lo regional que además de contar con los medios materiales para existir contara también con los medios intelectuales, académicos suficientes para no caer en la tentación recurrente del provincianismo.

Dentro de ese paisaje en que la investigación social comenzaba a abrirse paso como actividad profesional y a tornarse una actividad común, una entre tantas, el equipo que fundó *Estudios Jaliscienses* hizo una apuesta: que “lo jalisciense” podía ser una región, constituirse en un “espacio bueno para pensar” como reza la más citada de las frases de Eric Van Young, pensador por cierto destacado en el estudio de esta región precisamente. La apuesta de los fundadores de la revista parece haber sido que lo jalisciense podía ser una región académica. Desde el espacio de libertad que constituye el comentar la publicación del número cien de la revista, es que formulo esta hipótesis. Crear una revista es abrir un espacio que debe ser llenado y que regularmente se reabre para volver a ser llenado. Las páginas de una publicación especializada en lo jalisciense presuponen la apuesta por la existencia de una comunidad capaz de llenar dicho espacio con la misma regularidad con la que se abre. En este caso, dicha comunidad tenía que estar constituida por un campo de interés común suficientemente acotado al tiempo que suficientemente variado, como para caber en y poblar la expresión: *estudios jaliscienses*. Espacio, población, comunidad de intereses dan la región académica.

Esta apuesta, implicaba insistir en la importancia de un espacio —que ahora nos parece “natural”, común— de diálogo de saberes en torno a eso que llamamos Jalisco y que de entrada es una región política. Pero como es sabido la región política puede ser, suele ser

más una camisa de fuerza que una región coherente para los estudios centrados en temáticas para las cuales lo político administrativo no es un marco pertinente.

La apuesta implicaba, por supuesto partir de una idea preconcebida sobre eso de “lo jalisciense”, solo para dar el impulso inicial en el sentido de abrir una multitud de interrogantes sobre aquello que puede significar y contener lo jalisciense. “Defender lo propio”, decía Eugenia Meyer en un ahora lejano aniversario de El Colegio de Jalisco. Pero el abrir el espacio de la revista conllevaba abrir también un conjunto de interrogantes en torno a los significados que puede adquirir eso “propio”.

25 años después una parte de la apuesta está sin duda ganada, en la medida en que “lo jalisciense” es objeto recurrente de estudios que apellidamos “regionales”. En este sentido se puede decir que se ha garantizado un espacio para lo jalisciense dentro de la producción escrita de saber, si bien al mismo tiempo –y esto obviamente no es producto solo de la revista- lo regional se ha naturalizado como dimensión de estudio en muchos casos de manera acrítica, señalando la urgencia de una revisión crítica.

Más importante aún es quizás el hecho de que, el resultado al cabo de cien números muestra que lo jalisciense se distingue de eso que llamamos Jalisco, para multiplicarse en formas diversas de conformar territorios menores (las regiones que reconocemos como pertinentes al interior del estado y aún las microrregiones) o que lo rebasan haciendo estallar las fronteras de la región política.

¿De qué está hecha esta región académica? Sus contornos no son iguales según que se la mire desde la historia o la antropología, desde la literatura, las artes plásticas o la sociología, perspectivas que sin embargo se cruzan cada vez más, evidencian a la vez el potencial y el desgaste de la mirada unidisciplinar.

Desde el punto de vista de la práctica de escrituras académicas, sin duda podemos hablar de lo jalisciense como región historiográfica –aunque su existencia

muestre la necesidad de estallar sus límites—, mientras que, por otro lado, desde el punto de vista del trabajo hecho por los antropólogos puede pensarse tal vez como un espacio de confluencia de una multitud de regiones. La interrogación puede hacerse a la práctica de otras disciplinas: los estudios sociológicos, literarios o urbanos, por ejemplo. Así, la publicación del número 100, que provoca estas reflexiones, pone a prueba el concepto de la región arquitectónica. No era casual, decía Patricia Arias del número 60, que estuviera dedicado a cuestiones ligadas a la religiosidad popular (era abril de 2005 y la revista quinceañera), a través de cuestiones que eran del interés de varios investigadores al tiempo que “vigentes y candentes”.

No es casual ahora que el número cien esté dedicado a la región arquitectónica, en un momento que atraviesa especialmente la Zona Metropolitana de Guadalajara, poblado de tensiones y de presiones sobre los usos de suelo y en que los tapatíos nos vamos resignando a un paisaje donde cada vez más el horizonte está plagado de líneas verticales, pero además luego de varias décadas de interés de estudiosos de la región por temas arquitectónicos y urbanísticos específicos.

Así, *Estudios Jaliscienses* puede considerarse como un termómetro de la producción académica sobre “lo jalisciense”, es decir sobre una multitud de regiones cruzadas, y de disciplinas cruzadas también, combinadas aunque no siempre en diálogo.

Si se hace un ejercicio de aproximación general haciendo uso de este termómetro, se podrá ver que desde un inicio ciertos temas han mostrado su carácter central en esta región académica: la minería, el trabajo, la producción económica, la migración, la diferenciación aguda entre los espacios urbanos y la vida en el campo.

Se puede igualmente constatar que algunas regiones ocupan un espacio privilegiado en la atención de los estudiosos: Los Altos, el Sur, en menor medida el Norte y la Costa, aunque sobre todas las regiones del estado de Jalisco la revista haya abierto ventanas,

producto de dinámicas académicas desarrolladas por parte de quienes han estado ligados estrechamente a ella. A sabiendas de que no es el único mirador sobre la producción académica relativa a esas distintas regiones, una revisión atenta permite constatar espacios sobre los que el trabajo pendiente es inmenso para las distintas disciplinas de lo social.

Otros temas han ido consolidando su lugar, afianzándose como parte de esta región académica: la producción artística y literaria, la identidad, los pueblos indios; las religiones en distintas dimensiones de análisis posibles. Lo mismo el campo: la estructura de la propiedad, la producción, las identidades, las relaciones de poder en las zonas rurales.

Se puede apreciar también que desde los primeros números hay temáticas que asoman con timidez y que en algunos casos van ampliando su espacio: la música, la vida de las mujeres, los jóvenes, los modos de comer y los modos de beber; así como los vínculos entre lo que somos y lo que bebemos. Pero también la esclavitud, historia y herencia de la población de origen africano en una sociedad tan afecta a la amnesia y que tanto se ha ufanado de su herencia criolla. Con esa misma timidez despuntan en las páginas de la revista y van abriendo su espacio el medioambiente, las formas de sanar, o de ir a dar con sus huesos en el cementerio. Cuestiones todas que, como sabemos, han ido ganando espacio en el interés académico y son cada vez más cultivadas por los jóvenes investigadores, como puede constatararse si se acude a los catálogos de las tesis de grado y de posgrado de los últimos años.

Los números más recientes de *Estudios Jaliscienses* siguen mostrando la relación estrecha entre la producción académica y las inquietudes vivas en la sociedad de que ésta forma parte: los jóvenes, la diversidad sexual y un interés cada vez más agudo por lo contemporáneo. La vida cotidiana en lo público como en lo íntimo se va imponiendo como tema de atención obligada.

Un espacio menor en estos cien números es el que ocupan las reflexiones de las disciplinas sobre sí mismas, algo que sin duda debe alertarnos sobre la forma en que mayormente hemos desarrollado hasta ahora la escritura con perspectiva regional. Esta constatación –por cierto no exclusiva de lo jalisciense– que indica una tendencia escasa a la reflexividad sobre el propio trabajo por parte de quienes constituimos la comunidad de estudiosos de “lo jalisciense”, muestra la necesidad de enfrentar nuevos retos y abrir nuevas etapas a partir de lo hasta ahora consolidado; invita a profundizar la reflexión sobre el propio trabajo, las formas en que lo hacemos, sus proyecciones y sus límites. Se trata de una reflexión urgente sobre esta región académica y a partir de ella, para la que sin duda existen el capital humano necesario, los espacios institucionales adecuados. Quizás haga falta el aguijón que lleve a los cultivadores de esta región académica a adentrarse con paso firme en esa zona poco frecuentada e indispensable del trabajo intelectual.

Como puede verse, a cien números publicados con toda puntualidad, un resultado quizás no imaginado inicialmente, es que ahora la revista, además de ser un espacio desde donde se puede atisbar la realidad social de una región, es también un observatorio sobre 25 años de vida académica. El mirador sobre el paisaje –sin duda desigual, accidentado, con sus cimas, sus zonas llanas y sus barrancos– de toda una región académica, que da idea de algo que rebasa a la publicación que hoy nos convoca: la comunidad que participa en la jaliscografía desde diversos horizontes disciplinarios e intereses de investigación particulares. Algo que hacía notar ya Patricia Arias cuando se detenía a considerar los 60 primeros números publicados.

Al filo del tiempo, las páginas de la revista van mostrando cómo esa región académica de los estudios jaliscienses tiene sus desequilibrios internos, sus retos, sus subdesarrollos; cómo contribuyen a configurarla

diferentes disciplinas, cómo la enriquece una multitud de miradas diversas y cómo en tantos campos apenas vamos atisbando.

Si lo jalisciense es una región académica, no puede prescindir su estudio ya de *Estudios Jaliscienses*. Larga vida entonces pues, siguiendo la lógica del sistema métrico decimal, se cuenta por unidades, por decenas, por centenas y llegados a las centenas habrá que empezar a contar por miles...